

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

EN MADRID.

Un mes. 4 rs.
Tres meses. 11

EN PROVINCIAS.

Tres meses, en la administración. . . 14
Seis meses, en la misma. 26
Tres meses, por comisionado. 15
Seis meses, por comisionado. 28
ESTRANJERO: tres meses. 30
ULTRAMAR: seis meses. 3 pfs.



SE SUSCRIBE:

En Madrid, en la administración, calle de la Ballesta, núm. 6, y en las principales librerías.
En provincias, por medio de carta franca á la administración, ó en las casas de los comisionados de Figaro.
En el extranjero y Ultramar, en las principales librerías.

SE PUBLICA:

Los Martes y los Viérnes.

ADMINISTRACION Y REDACCION.

Calle de la Ballesta, núm. 6.

No se sirve suscripción alguna cuyo importe no se reciba con el aviso en libranzas ó sellos.
La correspondencia, al director de Figaro.

FIGARO

PERIÓDICO CRÍTICO FESTIVO.

CONVERSACIONES MADRILEÑAS.

Chasses le naturel, il revient au galop.
La cabra siempre tira al monte.
(Traducción libre.)

En España se tiene á los refranes amor grandísimo, aunque encierren una tontería en vez de un aforismo; Cervantes supo muy bien lo que hacia cuando creó á Sancho Panza: Sancho Panza soy yo, y mi vecino, y mi amigo, y mi pariente, y mi conocido; y todos los españoles (tú, lector, inclusive), somos Sancho Panza. Venga ó no á pelo, aquí se cueiga un refrán á cada suceso, un modismo á cada idea, y una frase proverbial por cada apretón de manos que se cambia entre buenos amigos, ó entre amigos simplemente, que no es lo mismo, en la Castellana, en el teatro, en el café ó en los toros.

Sin ir mas lejos, y en testimonio de lo que digo, ocurriárame ahora comenzar por un refrán. Pensaba yo en varias cosas á la vez, pero en una mas que en todas: pensaba en las corridas de toros; y al saber que se lidiaron anteayer seis *bichos*, en presencia de doce mil personas, y otros seis iban á lidiarse ayer, si los toros, mas avisados que los hombres, no hubiesen tomado á tiempo las de Villadiego; que los billetes del espectáculo se cotizaron con prima, y que, por consiguiente, se gastaron en tauromaquia algunos millares de escudos, á pesar de nuestra ilustración y de nuestros progresos, me decia: «¡Bah! Al cabo de los años mil....» y el resto del refrán. Pero, aquí de Sancho: las aguas no vuelven de ordinario por donde antes solian; lo que hacen es seguir constantemente el mismo camino; lo que hacen es precisamente lo que entre nosotros sucede con la afición á los toros y con otras muchas aficiones.

Bueno es que se declame hoy y mañana contra las preocupaciones, contra los vicios que nos han quedado de otros tiempos, sin haber por eso despreciado los que pone á la moda la civilización del día: parece, por un momento, que hasta el recuerdo se ha perdido de aquellos vicios y aquellas preocupaciones; que estamos completamente curados del mal, pero el mal vive, sin embargo, dentro de nosotros, y cuando de nuevo aparece, vuelve, como todas las reacciones, con doblados furor y energía.

Y es que se suele aplicar un principio de alta hipocresía á todas las acciones de la vida social. Se imita siempre á cierto epicúreo, conocido mio, que no hace mucho encargó á un pintor (no importa el nombre) que le hiciese un cuadro representando cierto capricho de color subido. Hizole el cuadro, de que estaba mi hombre satisfecho hasta no mas: todos los días echaba su rato de admiración al lienzo, se estasiaba ante él, le adoraba, hasta que, ahora poco, dándose una palmada en la frente, exclamó para sí: «¡Diablo! ¿Qué he hecho yo? Mañana sale mi niña del colegio, y es imposible que permanezca aquí esta pintura.»—Llamó al artista, y le encargó que trazara delante del grupo que entrañaba el pensamiento de la obra un seto muy espeso.—«Pero entonces, dijo el

artista, no se verá nada.»—«¿Qué me importa? replicó el otro: yo ya sé que están detrás del seto.»

Aquí sucede lo mismo: gusta una porción de cosas que ofenden á esa moral social, nacida del sentimiento de la propia dignidad, que es inteligente, y que es humanitaria: todo el mundo se ruboriza á nombre de la moral, acaso á nombre de la religion, pero pone un seto por delante del vicio, y aunque el vicio no se vea, todos saben que está detrás.

Ya va para muchos años que una trasformación política trajo consigo la necesidad de una trasformación social: el pueblo de las manolas y de los chisperos debía precisamente de tomar otro carácter, otra faz, como dice mi amigo D. Crisógono, diputado en *disponibilidad* de ministro, ó de cualquier cosa. Debían caer con las calesas y las mantillas de tira, la taberna y los toros: yo no quiero hoy decir una sola palabra de la taberna, pero sí de las corridas de toros, porque á ellas acuden, en justa proporción, todas las clases, y porque repugnan mas á la razón y al sentimiento. ¿Se pide su desaparición? Sí. ¿Hay quien las defienda? No. Y sin embargo, en cuanto dan las cuatro de la tarde en los días de corrida, están llenos los palcos del Circo con las bellezas de todas las aristocracias, y con la aristocracia de esas otras mujeres que no quiero nombrar; con los altos empleados y la gente mas acomodada, las galerías; con los estudiantes y la *bourgeoisie*, los tendidos de sombra; con el pueblo de los obreros, los tendidos de sol.

Porque las corridas de toros son el seto por entre cuyas hojas y ramaje la sociedad moderna adivina á la sociedad antigua; porque no estamos curados del mal; porque no queremos curarnos.

Porque estamos, en lo social, con el pensamiento mas allá de la trasformación política, y por vergüenza no pedimos la vuelta de las manolas y de los chisperos. La manoletería es nuestro natural, y de manola se vestirá la marquesa de.... (pongan ustedes aquí un río ó un monte cualquiera), si no temiese ofender á las conveniencias; de manola se disfrazan en Carnaval las niñas de.... (aquí un apellido), á pesar de que en cualquier época del año las causaría profundo y natural rubor presentarse con el característico traje en sociedad. ¿Y aún hay quien pretende que se emborrone y se manche la hojarasca de los toros, que es el velo de costumbres pasadas, á que tanto apego se tiene todavía? ¿Qué diablo! Del mal el menos: ¡vivan los toros!

Que el espectáculo es cruento: bueno; que además es caro: mejor; que en todos los años cuesta la vida á media docena de nuestros semejantes: ¿y qué? *sic fata voluerunt*. Despues de todo, como dice Espronceda,

Que haya un cadáver mas, ¿qué importa al mundo?
Y por último: ¿está averiguado que un torero sea un hombre, aparte su forma física?

Ni conviene tampoco romper abiertamente con la tradición. En España se han corrido toros, y se han recibido cornadas en las épocas de gloria; y si la nuestra, segun parece, no lo es, aparántelo cuando menos.

Tuvimos un héroe, el mas popular de los nuestros, á quien cantamos á todas horas: sus primeros encomiadores, para pintar el valor que le distinguía, describiéronle en lucha con el rey de los irracionales, con el leon; vino Moratin, el padre, hombre de chapa antigua, pero casi de nuestros días, y substituyó al leon con un toro, porque el toro es la fiera nacional: desde entonces, el Cid es el primer torero de España.

Cuando entre nosotros se solemnizaba la fiesta de la Madre de Dios, ó cuando el Tribunal de la Fé hacia un espurgo de herejes, corriase media docena de toros, y los creyentes, los buenos católicos, los cristianos viejos quedaban tan satisfechos, y podían rezar tranquilos sus oraciones de la noche. ¿Por qué no hemos de hacer ahora lo mismo, en el primer caso, ya que el segundo no se presenta por varias razones y circunstancias?

Antes, cuando se casaba el rey, corriáanse toros. Se ganaba una batalla, toros. Se levantaba una iglesia, toros. Se nombraba un nuevo Papa, toros. Nos hacia una visita cualquier príncipe extranjero, toros. Llegaban con bien las flotas de América, toros. Y toros por la mañana, y toros por la tarde, y hasta por la noche se daban toros á la avidez española. ¡Y ahora hemos de ser menos! Guárdese Jovellanos sus diatribas contra el espectáculo nacional: ¿qué entendía él de cuernos, ni de estas cosas?

En fin, ello es que anteayer doce ó catorce mil personas, de las altas, de las medianas y de las bajas, se han divertido en Madrid á mas y mejor. Ello es que los toros son una gran cosa: que, conservándolos, parece que conservamos algo de nuestro ser antiguo, de nuestra manoletería, y (no hay que darle vueltas) el mundo adelantará cuanto pueda y deba; nosotros queremos tambien adelantar; pero queremos sobre todo continuar siendo el pueblo de los manolos y de los chisperos.

¿QUE LE HEMOS DE HACER?

Habia un buen cura en cierta iglesia de Francia, que todos los domingos y fiestas de guardar empleaba en saludables pláticas con sus feligreses, ovejas un tanto descarriadas, que no se daban mucha prisa por volver al redil, á pesar de las sentidas exhortaciones del pobre sacerdote.

Pero el santo varon no desesperó de que á la postre convertiría el pueblo en una comarca patriarcal y santa, como él la soñaba en sus momentos de ilusión y de venturosa confianza.

En una tarde fria y desapacible juntó, solo Dios sabe con qué trabajo, á toda la gente del lugar al rededor de la cátedra, ó del púlpito, como mas pedestremente decimos nosotros; y comenzó á tronar contra los vicios que, á manera de lepra ó de morriña, consumían á su grey. Tal

fué la exaltación del virtuoso párroco, que al cabo de un elocuentísimo apóstrofe, teniendo en la mano derecha levantada el bonete, apoyándose con la izquierda sobre el antepecho del púlpito, echado fuera el torso y mirando con vista amenazadora al auditorio,

—¡Desdichados! gritó. ¡Estais ofendiendo al Señor á todas horas, y ya se cansa de sufrir vuestros pecados! Aquí, aquí en mi mano tengo un rayo de su divina cólera....

Y enseña el bonete.

—Voy á descargarle ahora mismo sobre vosotros.... Voy á arrojarle sobre la frente de la mujer que haya engañado mas veces á su marido....

Decir esto el cura y apretar á correr con las manos en la cabeza cuantas mujeres habia en el templo todo fué uno.

Los maridos no corrieron, pero sacaron á medias la consecuencia del hecho: y digo que la sacaron á medias porque, aunque supieron de la calidad, no averiguaron la cantidad de las faltas de sus costillas.

Y bien: ¿por qué FIGARO no ha de imitar al cura francés, en lo que buenamente un barbero puede parodiar á un sacerdote? ¿Por qué no he de cojer yo mi sombrero y convertirle en rayo, próximo á dispararse sobre la frente de uno ó de muchos de los pecadores contra la sociedad y contra las costumbres, que desperdigados andan por este mundo de la corte de España?

¿Por qué? Por dos razones poderosísimas. La primera porque FIGARO no sabia por donde empezar; la segunda, porque nadie se moveria de su sitio por miedo al sombrero de FIGARO.

Aquellas mujeres del cuento, si no el temor de Dios, sintieron el de una vara de acebuche hábilmente manejada por un marido que se siente mal; pero aquí, ya que no se teme mucho á Dios, tampoco se teme al escándalo; ni la sociedad se ofende porque uno de sus individuos la desacredite, ni levanta el palo en contra del vicioso, ni se aparta de su lado como de quien tiene peste, ni el apestado mismo piensa en ocultar su enfermedad, antes quizá de ella hace gala y mérito.

¿De qué, pues, serviria que FIGARO arrojase el sombrero para señalar al vicioso, cuando el vicio es honrado y festejado, ó cuando menos sentido y consentido?

¡Bah! La sociedad está mejor que quiere. Se ha parapetado ahora detrás de un «laissez faire» acomodaticio y arregladito al buen vivir, que le parece delicioso. Encójese de hombros cada cual, cierra los ojos del alma y los del cuerpo, si es necesario, el que ve algo que repugna á su conciencia, y murmura para su capote:

«¿Qué le hemos de hacer?» Vamos marchando.

Y el hombre marcha, y la mujer tambien, y el jóven y el viejo; y todo el mundo marcha, y todo el mundo rie, y todo el mundo goza y se divierte.... y «¿qué ha de hacer» FIGARO sino reirse tambien á carcajada tendida?

FIGARO se pasa por la fuente Castellana y ve, medio acostado sobre almoadones azules, en ancha carretela, arrastrada por dos briosas yeguas de sangre, á D. Gorgonio Grajales, que él conoció sangrador, y ahora es millonario. Ve que las niñas sonrien coquetamente á D. Gor-

gonio y las mamás con gravedad; ve que apenas hay quien no se incline para saludar á semejante personaje, y le saluda tambien.... ¿qué ha de hacer?

Y el caso es que D. Gorgonio se ha hecho rico sin haber heredado, sin que le haya caído el premio gordo, y sin haber siquiera fundado una sociedad de crédito.

Pero ¿cómo se ha enriquecido D. Gorgonio? Yo no le sé; nadie lo sabe: el era sangrador.... «sangrando.»

Después he todo, ¿qué nos importa? ¿Es D. Gorgonio opulento? Pues ¡viva D. Gorgonio!

Que venga el cura de mi cuento á tirar el bonete sobre una sociedad semejante.

FIGARO va á una «soirée» deliciosísima.

¡Qué mujeres!!! con tres admiraciones. Y ¡qué hombres!

Baja de los techos mucha luz; sube mucha luz de chimeneas y consolas. Refléjanse los convidados en soberbios espejos; las paredes están forradas de raso; los cortinajes y colgaduras son de terciopelo; de terciopelo las alfombras; de riqueza y gusto artístico los muebles necesarios y muchísimos superfluos. La señora de la casa lleva encima dos ó tres libras de pedrería. Van y vienen bandejas de plata con refrescos, dulces, etc., etc. A las dos de la noche se abre un «espléndido buffet», según oye FIGARO de labios del cronista de la reunión. En fin, aquello habrá costado un río de oro.

FIGARO, que es un pobre hombre, inocente y cándido si los hay, traba conversacion con el cronista, que al fin es del oficio.

—Dígame Vd., amigo, le pregunta, ¿será poderosísimo nuestro anfitrión?

—Calle Vd., hombre, me contesta. ¡Usted está en Babia! ¡Poderoso Fulanito! ¡Pero si no tiene sobre que caerse muerto!

—¿Entonces cómo?....

—¿Cómo gasta y derrocha?.... De una manera sencilla: debiendo.

—Pero, ¿Quién le fia?

—Nunca falta un tonto.

—¿Y Vd. es amigo del dueño de la casa? ¿Y todos estos que vemos son amigos suyos? ¿Y nadie le desengaña? ¿Y todos vienen á tirar del cordel con que ese hombre se está ahorcando?

—¿Qué le hemos de hacer, hombre? ¿Habíamos de perder una reunión tan escogida, tan «coquette», tan «chic», tan «spirituelle»?....

—Es que estamos en casa de un tramposo, de un estafador, de un....

—Basta caballero: suprima Vd. «les gros mots». Yo no puedo escucharlos.... D. Fulanito es mi amigo; estoy en su casa.... y las conveniencias sociales....

Y el cronista se aleja de FIGARO, y FIGARO de la fiesta pensando en el bonete del cura. ¿Qué le ha de hacer?

Como no escarmienta FIGARO, va otra noche á otra reunión de la que un amigo le ha dicho que es de «mezzo carattère».

En efecto, docena y media de chicas muy lindas, sin descote en el vestido, calzados bota negra y guante de medio color (que sin duda por el color de los guantes se

Consejo? No cuidé, Luisa, de mis años; antes eché sobre estas mis canas un cendal de locuras; cubrí mis arrugas con afeite de insensatez y de liviandad; puse en olvido las flaquezas de mi cuerpo, y fué la del alma torpe, y fortaleza de mis cansados miembros, aguijón de mis dormidos deseos, columna sobre que asentaron devaneos imposibles, que son en mí afrenta aquí abajo, y que allá arriba notados llevará el que todo lo sabe y todo lo puede en el libro de mis culpas.

Calló, sacando un suspiro de lo hondo del pecho, el atribulado consejero; y Luisica, embobada, miróle un breve rato sin atinar con la causa de aquel razonar malencónico, que para ella así tenía que ver con el collar de perlas como el alba. Pero, puesto que bien quisiera, no dijo á su tío que aguardaba el joyero, aguardando ella el término de tan extrañas lamentaciones.

Y fué así como á poco siguió D. Luis hablando:

—Ciego he sido, ciego soy, ciego seré en lo que á mi ancianidad conviene. Pero mas ciega tú, Luisa, que no ves mis ansias, que no miras la razon de esto que estoy pasando; mas ciega tú, por quien he trocado en inacabable anhelar el reposo antiguo, en desenfreno la prudencia, en insanía el consejo, en infamia la honra pasada. Tú no has visto, Luisa, el trueco de mis costumbres, desde que has venido á esta casa, y no has leído en mis ojos que eras tú sola causa y única promotora de mi perdición. Por tí es muerte mi vida, por tí peno, por tí solo gimo en esta cárcel de mis pasiones, por tí me acabo y consumo, por tí son mis horas eternidades de penas, y por tí será la eternidad de mí alma una eternidad horrible de dolor: y tú no lo sabes, y euitada vives, sin reparar en los tormentos, en las ansias; sin oír las bascas y los suspiros de mi pecho, los sollozos de mis noches, las voces de mi alma, que así como ciega eres al llanto de mis ojos, eres sorda al ruido de mis quejas. Tú, locuela, tú, alegre como los pocos años, tranquila como la inocencia, no entiendes de esto que te digo, y tienesme por ventura como á orate, y dícesle acaso: «loco se ha vuelto el triste de mi tío; menester será que del infelice tengan cuenta loqueros que le encapisayen de rojo y amarillo, y dotores

conocen los caracteres de los saraos), bailan «virginia», «lanceros», «wals» y «cotillon», al compas del piano, en una sala de seis varas de largo por otras tantas de ancho, con docena y media de muchachos, que visten levita, chaleco alto, y pantalon claro.

FIGARO, que no baila, éntrase al gabinete de las mamás, y allí oye el siguiente diálogo:

—Doña Remedios, ¿quién es ese gallo con espolones que toda la noche está bailando con Jesusita?

—¡Mi Jesusa! ¡Ah, ya! Es un empleado en rentas con 8.000 reales, según me ha dicho la niña.

—¿Sabe Vd. que no me gusta, doña Remedios?

—Ni á mí, doña O. Pero, «¿qué le voy á hacer?» Lo que dice la niña:—«Mamá, yo no he de darle un teo, porque me saque á bailar.»—«Hija mia, la digo yo, lleva mucho cuidado, porque ese hombre tiene cara de malo.»—Y lo que me dice ella:—«Cuándo le recibe la dueña de la casa, muy sabido se tendrá quién es y á lo qué viene.»

—¿A lo que viene, á lo que viene! Pues mire Vd., doña Remedios, yo no dejaria á Jesusa tanto tiempo con ese mocito.

—Es verdad; pero como no la diga que hable con el teniente....

—Ya: lo dice Vd. porque mi chica gasta bromas con el teniente....

—Hablemos claro, doña O: la mayorcita de Vd. parece que está colgada de las dos estrellas del oficial. Y por mas que Vd. diga, el teniente es tan mal sujeto como el empleado en rentas. ¿Y qué hace la niña menor de Vd.? ¡Vamos á ver! Allí la tiene Vd. en el hneco del balcon, detrás de la cortina, gastando saliva con ese estudiante de medicina, que ha perdido ya tres años, y qué tambien es púa....

—Doña Remedios....

—Doña O: donde las dan.... ya Vd. me entiende.

—La verdad es, señoras mías, añade otra mamá, que la gentecita que viene aquí, por lo que toca á los hombres es lo peor de cada casa.... créanme Vds.

—¡Ya, ya!....

—¡Ya, ya!....

—Pero, Señor, ¿qué ha de suceder? Doña Virtudes, ¿por qué recibe? Yo quiero que Vds. me digan por qué recibe.... Pues claro está. porque el que tuvo, retuvo, y guardó para la vejez, como dice el refran. Y las niñas, por fuerza, han salido á la madre: cascabelerillas y ligeras, como ellas solas. Todos los dias se van por ahí, con un «pingo» de criada, y sabe Dios á dónde, mientras que la mamá, la doña Virtudes.... no quiero hablar, porque si suelto la lengua....

—Tiene Vd. razon, sí, señora: no es bueno el ejemplo que reciben aquí las niñas bien educadas! Pero, «¿qué hacerle?»

FIGARO no puede menos, al llegar aquí, de exclamar:

—¿Y por qué traen Vds. á sus hijas á esta casa, si tan mala es?

—«¿Qué hemos de hacer?» contestan las mamás. No es cosa de desairar á doña Virtudes. Ella será lo que quiera; pero buena amiga tambien. Está muy relacionada; y si una se ve en un apuro, si la necesita para algo, siempre la encuentra. Y luego que si va una á romper con todo el

que le melecinen su mal, que cierto no tiene cura.» Y verdad dijeras, hija, que no tiene cura en lo humano la enfermedad de que fallezco, si tú, Luisa, sobrina mia, hija mia, no te apiadas de mí, según cuadra á tu hermoso corazon y merecen los beneficios que de mí, tú y tu padre, recibido habeis.

Y no bien dijo D. Luis del Rio estas palabras, postróse de hinojos delante de Luisica, que no parecia sino que la mozueta era imagen de María Santísima, según que la suplicaba, juntas las manos, tiernos y amorosos los ojos, y saliendo de ellos atropelladas lágrimas, pequeño desahogo de la pena encerrada tres años en el pecho del consejero. ¡A tal estado lleva, y en trances tales pone á los hombres la carne flaca y miserable, cuando el demonio les persuade, poniéndoles el gusto por delante y obstáculos prolongados á la fe!

Pero de ver era el susto de Luisa cuando vido á su tío arrodillado, que en el suelo cayó con gran golpe, haciendo resonar con sus lamentos la estancia, gimiendo á mas gemir, y poniendo en el gesto tales visajes, que daban espanto. Santiguóse la rapaza, y quiso apretar á correr, que gritar no la dejaba el miedo; y hubiéralo hecho á no cojerla D. Luis de la saya, y á no haber arreglado un tanto lo descompuesto de su faz. Guardó un momento silencio el viejo, y bien que no cesára de llorar, paró en el curso de sus lamentos; de nuevo juntó las manos, y así dijo en tono mas blando á su sobrina:

—Por Dios, que no me dejes, Luisa; por Dios, que me escuches compasiva, si ya mi fin y eterna condenacion no quieres.

Hasta de entonces no habia mas hablado la hija del capitán, sino fué para pedir á su tío que le feriese el collar de perlas, que embargada la tuvo, puesto caso que no desconocia la flaqueza de D. Luis, la confesion dolorosa que él la hizo. Ahora, pues que mas calmado le miró, atrevióse á decirle, pasada buena pieza de silencio:

—Tío y señor, vuestra merced adolece por ventura, no del mal que ha dicho, sino de alguna maligna fiebre que le trastorna

FOLLETIN.

CUENTOS DE VIEJAS,

POR
FEDERICO VILLALVA.

EL COLLAR DE PERLAS.

V.

—Para tras años va ya que estás en mi posada; que á mi pobre mesa comes, puesto que yo tomara que fuese, porque de ella gozaras, mejor que la del rey de España; que díste consejo que para mí no tengo, amparo que yo he menester, y ayuda que me falta en la soledad á que la muerte de doña Bárbara y el oficio de mi hermano te tienen reducida. Tres años han ya, Luisica, pasado desde que trujiste con tu presencia la alegría, y el contento á la casa, las turbaciones y las dudas á mi corazon, bien que ya sin tí no fuera dado vivir á este pobre viejo de tu tío, que, por tu gusto, de avaro se ha tornado en generoso, de egoísta en franco, magnífico, y aun pródigo; que nada sino tu regalo mira, y nada quiere ya, y nada precia que tu contento no sea. ¿Hágame pedido cosa que te negara; tuviste deseo que no vieras satisfecho; quisiste joyas, telas, diversiones, que yo no te haya comprado, ó á que yo no te llevase de voluntad, y con escándalo de todos los que, conmigo y en servicio del rey, dan Consejo al gobernador de los Estados, y á un del mismo gobernador Requesens? ¿Cuidé yo de que mis años y vejez mas pidien rezo y mortificación que no el júbilo y el tráfigo del mundo, y el hacer rua, y el correr tras de la fiesta, y el andar á vistas de farsas y representaciones, poco honestas á veces, con injuria de las pragmáticas y edictos del rey y del

mundo porque digan las gentes que si fué, que si vino, tendría una que enterrarse en vida para siempre.

«¿Qué había de hacer FIGARO?» ¿A quién había de tirar el sombrero?

Sale FIGARO de la casa de doña Virtudes, y va á otra, y á otra luego, y en todas partes halla que le es imposible elegir cabeza para su sombrero. ¿Qué hubiera hecho el cura francés si las mujeres no hubieran abandonado la iglesia?

Probablemente lo que hizo el cura de mi pueblo; porque yo, aunque sevillano por naturaleza, soy cosmopolita por adopción, y pertenezco á todos los pueblos.

¿No saben Vds. lo que hizo el cura de mi pueblo?

Pues oigan ustedes.

Predicaba también á sus feligreses, y les decía:

—Corazones empedernidos, almas condenadas, la justicia del Señor caerá muy pronto sobre vosotros, como cayó sobre la ciudad de Jericó. Siete veces sonaron las trompetas al rededor de Jericó, y sus murallas cayeron con estruendo. Aquí tengo también la trompeta de Jericó; voy á tocarla tres veces, y á la tercera las bóvedas de la iglesia se derrumbarán sobre vosotros. ¡Tu, ru, ru....! Ya he tocado una vez.... ¡Que voy á tocar la segunda!....

Presidia la función el alcalde, y aunque mis paisanos deseaban echar á correr lejos de la iglesia, el respeto á la autoridad municipal, que no se movía, les detuvo.

—Tu, ru, ru.... dijo el cura segunda vez soplando en la concavidad de la mano cerrada.

La ansiedad era general, pero el alcalde permanecía impassible.

—Que voy á tocar tercera vez! gritaba el cura.

Entonces el secretario del ayuntamiento no pudiendo contenerse, acercóse al presidente del municipio,

—¿Qué vá á tocar? le dijo con voz ahogada.

—No hay miedo: no tocará, respondió con flemma el alcalde.

Y en efecto, el cura no tocó, y la nueva Jericó permanece en pié todavía.

MÁGIA BLANCA.

Yo no sé si es blanca ó negra, aunque me inclino á creer que es blanca la magia de las comedias; y digo que me parece así, porque nada he visto mas cándido, mas inocente y primitivo que una comedia de magia de Larra, ó bien otra comedia de magia de Liern. Este par de magos, si vale algo, es por la sencillez natural en que se inspira, por la delgadez (no digo sutileza) del pensamiento y por ese chiste de *apabullo* y puntapié, que es el de los primeros pasos del arte, el rudimentario, el que se ocurre á cualquiera, aunque sea mas capitán y menos poeta que mi amigo Pastorido. Y de aquí que me parezca blanca la magia de las comedias de magia.

Si el marqués de Villena pudiera dejar la redoma en que dice Hartzenbusch que está metido en jigote, tendría yo un placer sin igual en cogerle del brazo, y llevarmele á *La varita de virtudes* ó á *La almoneda del diablo*, para decirle:

—Ahí tiene usted, señor marqués; eso es magia, y no

y estravía. Torne á su razón, mire quién es y quién yo soy; atiéndale que cuanto ha dicho es puro delirio ó impensado disparate; y si ya no mejora su juicio, váyase al lecho, y venga un cirujano, y ságrese vuestra merced, que le hará provecho y á mí quitará el susto que me ha entrado.

—¿Susto díces? preguntó á la muchacha D. Luis. ¿Que yo te he dado susto?

—Y cómo, contestó disimulando bien lo que sabía Luisica, si vuestra merced hacia estruendo tan grande, y me hablaba de tales cosas como yo jamás oí, que aun espantada y temerosa me tienen! Que vuestra merced fallece y está condenado me decía; y que yo soy culpable de tales fallecimientos y condenación. Que vuestra merced ha trocado de vida por mí; que por mí pasa llorando los días y las noches, sin otras tales y muchas lindezas, que no parece sino que yo soy el mismo enemigo en persona que me le quiero llevar á vuestra merced á los infiernos.

—¿Que tal he dicho, sobrina? repuso el consejero. Y si lo habré dicho, que á fé Luisica, no me acuerdo ya mas que de lo sustancial de mi insano razonamiento. Mas, pues ya oíste lo que yo no hubiera querido que jamás supieses, ya que en mucha parte conoces el misterio de esta arrastrada vida que llevo, quíerame escuchar con calma lo mismo que con frenesí te he dicho.

Y tomando de la mano á su sobrina, llevóla á un sillón de terciopelo encarnado con flecos de oro que cerca de allí, en la misma estancia, había; díjole que tomara en él asiento; sentóse él en un taburetillo, y después de ordenar con mano temblona sus cabellos blancos, de esta manera prosiguió:

—¿Quisieras tú, Luisica, hija mía, casarte?

Ya tengo dicho cómo la mbzueta era ladina y desenvuelta, puesto que no liviana todavía y solo en camino de serlo. Vió, pues, claro allí donde antes solo entre sombras via; perdió del todo su ignorancia, que fué perder mucho, porque era perder acaso á Juanico; rompióse el lienzo por cuyas mallas adivinaba el amor, pero no las intenciones, de D. Luis, y quedó muda, entonces sí que de espanto cierto.

lo que usted se permitía allá en lo alto de un camaranchon de su castillo, mientras que escribía un libro venatorio y un arte de trincar. Estos nenes de ahora son los que han encontrado la piedra filosofal que usted buscó en vano, y saben donde les aprieta el zapato en estas cosas de la magia, y ganan buenos doblones, escudos decimos hoy, sin temor á un Barrientos que, como á usted, les queme las obras. Y vamos á ver: ¿qué han necesitado para ello? Nada; absolutamente nada: les ha bastado con desprenderse del poco ó mucho seso (nunca sería mucho) que tenían en la mollera, y coger, y ponerse á escribir, quién sobre el luminoso asunto de la transformación de un borrico, materia propia de tal meollo, quién sobre las virtudes de la constancia y las medias virtudes de una presunción, que solo presume de tonta. Y cate usted, señor marqués, á mis dos hombres, á mis dos magos, si usted me permite que así los apellide, siendo aplaudidos y festejados por los nuestros, tanto como usted fué temido por los de su tiempo.

Ellos eran unas buenas personas, unos buenos chicos, según que por acá decimos en el día, antes de entregarse á todos los diablos, que no puede ser menos sino que ustedes los mágicos tengan hecho pacto con Satanás; eran, digo, sujetos de buenas prendas, modestos, afables, oían su misita los domingos y fiestas de guardar, temían á Dios y la ley, vivían honrada y pacíficamente, y aun he oído decir, yo de esto no respondo, que tenían talento.

Pero un día cayó en las manos de Liern (este Liern es un valenciano, para que Vd. lo sepa, señor marqués) un libraco que no estaba ni en castellano ni en lemosin, sino en francés, en cuya primera hoja se leía *Les pillules du diable*; leyó de cabo á rabo mi buen Liern aquel condenado libro, y el demonio de la codicia le tentó; urga de aquí, urga de allá, un poco que tomó de aquellas *píldoras* y otro poco que él de su cosecha puso, resultó eso que Vd. ha visto, y que se llama *La almoneda del diablo*. Dígame Vd. ahora si no hay para tener lástima á un hombre que en tales escesos cae. Ello sí, buenos cuartos dicen que le ha valido la tal *almoneda*, cosa que Vd. no alcanzó, á pesar de sus artes; pero al cabo, ¿qué es el dinero? ¿Me quiere Vd. explicar qué es el dinero delante de la estimación de los buenos, y hablo aquí de la estimación literaria?

Para Vd., señor marqués, ese malaventurado de Liern tendrá en menos el aprecio de los demás que el dinero propio. Pero Vd. pecó siempre de descreído, señor D. Enrique, y no estraño que tales doctrinas sustenté. Yo pienso que el amigo Liern está arrepentido de su obra, y de ser mago, vicio en que ha vuelto á caer ya otras veces, y si no lo está, tanto peor para él: la impenitencia trae consigo la excomunión, y será preciso descomulgárle.

Pues ahí tiene Vd. al otro, á Larra, que se condenó por un empresario. ¡Calle Vd.; si ha sido la cosa mas original!.... Figúrese Vd. que un empresario de teatros tenía hechas algunas decoraciones para otra comedia de magia, que no se pudo representar porque anduvo en ella *mano de gato*, ó no sé por qué. Para no perder lo gastado, el empresario llama á Larra, y le dice: «Ahí tiene Vd. un lago, una cueva, una estatua colosal, y media docena de jardines, y otra media docena de salones encantados; aquí hay además cuarenta mujeres bien formadas, y quince ó veinte que cantan muy mal, pero que al cabo sirven para

El consejero que la vió callada,

—¿No me respondes? la dijo. ¿O es que, para mayores desventuras mías, tienes galán que te enamore y, quién sabe si también cédula suya ó palabra de casamiento?

Y Luisa de seguir callando. Al cabo de regular espacio, airando el gesto y alzando la voz,

—Habla, tornó á decir D. Luis, ¿Quiérete algun caballero?

—¿Quiéresle tú? ¿Es verdadera ya mi muerte?

—No, señor tío, contestó muy pausadamente la muchacha; oído lo cual, dió el consejero uno á manera de resoplido de contento.

Y tal era, que se levantó del taburete, y comenzó á pasear la estancia, dejando á Luisa sin saber qué decir ni qué pensar de lo que acontecía. Por fin, volvió D. Luis del Río á sentarse, y tomando otra vez la mano de su sobrina,

—Sábetelo, pues, la dijo, Luisica mía, que ya no puedo mas callarte lo que há tiempo que estoy sintiendo por tí; que tu mucha hermosura, tu hablar gracioso, tu risa, y toda tú me enamoran á tal punto, que hiciera por tí mayores disparates que los que tú dices que en antes dije. Que mis años se tornan verdes, y mi sangre, según que en los mejores tiempos de mi juventud, hierve y salta en el corazón, que no parece otra cosa sino que va á salirse del pecho. No esquivas, Luisa mía, por viejo y cansado mi afecto, que yo haré por igualarle al tuyo, ardiente, y olvidaráis mis canas y las arrugas de mi cara, y seré para tí mancebo y galán, ya que no gentil y gallardo.

—Tío y señor.... fué oída de murmurar la moza sin levantar la vista de su sayo; lo que vuestra merced me está diciendo sorprendeme de verdad, y me causa maravilla. Que vuestra merced ha puesto los ojos en esta misera de su sobrina! Vuesa merced no obra en esta ocasión como tan cuerdo y prudente que es: valiera mas que vuestra merced escogiese para mujer suya á quien mas que yo lo merezca; que yo, hija de un pobre capitán de caballos, con solo su espada, mal pagado el sueldo, y aun ese poco sujeto á las contingencias de la vida del acampamento, según que vuestra merced me decía no ha mucho tiempo, ni puedo merecer á vuestra merced,

hacer ruido; item, tengo á la señorita Zamacois, que si no declama bien ni canta mejor, tiene en cambio dos brazos bien torneados y se viste de corto con mucho gusto; y á la señorita Labadía, que gime á todas horas, y á la Fernandez, y á la Custodio; aquí está Landa, que cuando llora parece que rie, y cuando rie hace llorar á las piedras; y Caltañazor, que antes era un actor de primera fuerza; y Carratalá, que nunca lo ha sido; y Escrivá, que abre mucho la boca para cantar y la cierra mucho para hablar; y Calvet, que en los Luciferos se pinta solo, y otra porción de trastos mas que andan por ahí, ó que fabricará Brabo. Hágame Vd. de todo ello una magia.» Y Larra dió á luz *La varita de virtudes*; y para que nada faltase, la puso en música Gaztambide.

¿Qué había de salir de la retorta en que el nuevo mago metió todos aquellos ingredientes? Lo que Vd. ha visto, y que nadie quiere ver por un ojo de la cara, cuanto menos por los dos.

Y lo peor del caso es que á esto solo, y á la reproducción de *La levita*, comedia de otro autor de la escuela valenciana, el Sr. Gaspar, se ha reducido lo que los teatros españoles de Madrid nos han dado en las Pascuas. El Circo, *La almoneda*; la Zarzuela, *La varita*, y el Principe, *La levita*. Lo confieso, me duele á par del alma que la empresa de este último coliseo no haya puesto en escena *Juana la rabricortona*, en que antaño lucía sus gracias D. Juan Catalina: la variedad en la unidad, ó la unidad en la variedad habria satisfecho al público, y á mí, que de él formo parte. Ahitos como están los madrileños de *La levita*, prenda á que picnasa acostumbrarnos el Sr. Catalina (D. Manuel) contra nuestra voluntad, tanto nos hubiera dado ver *El diablo pre dicador* ó *El diablo verde*, ó cualquiera de los que se conocen en la dramática española.

¡Y pensar que, si queremos enseñar hoy á un extranjero cualquiera de las obras de alguna valía de nuestro teatro, hemos de llevarle al café del Recreo, á la nueva Infantil, á Capellanes ó al barrio de Pozas!

Vamos: seria cosa de desesperarme, si no fuera por lo que me hace reir D. Manuel Catalina cuando representa en serio.

DISONANCIAS.

Acaba FIGARO de oír por partida doble el sétimo y último concierto de la sociedad de profesores, y no ha escuchado nada nuevo, pero sí mucho bueno. Su amigo Barbieri ha hecho en él una recopilación de las obras que mas han gustado en los anteriores, y como pieza repetida en un concierto se ha de repetir en los demás, por aquella razón que daba el capitán Alegria, la única que se da para muchas cosas en esta tierra, de las nueve piezas que formaban el programa no se han repetido mas que siete. Las únicas á quienes el público ha hecho el desaire de oír una sola vez son el *Minuetto caprichoso* de Weber, instrumentado por el Sr. Ruiz, y el *allegretto* de la sinfonia militar. ¿Cuánto agradecería FIGARO al Sr. Ruiz que en vez de instrumentar *minuettos caprichosos* le diese el capricho de escribir obras originales? Francamente, amigo Barbieri; ¿crees usted que al lado de las sinfonías de Beethoven hacen buen papel los ensayos de instrumentación del Sr. Ruiz, ni de ningún otro aventajado discípulo del Conservatorio?

Y no dice mas de esto FIGARO, porque la otra pieza desairada, ó *allegretto* de la sinfonia en *sol mayor* de Haidn, le obliga á dar un sincero apretón de manos al maestro director, que ha escuchado en esta ocasión los consejos de sus amigos.

FIGARO hubiese oído con mas gusto que la consabida *Danza de*

ni honrarle, ni honrar al Consejo de Estado, ni al rey nuestro señor, que para tan alto empleo quiso elegirle. Piense bien vuesa merced lo que ha dicho, mire bien lo bajo de mi estado, y que mas de una dama, quier de Flandes, quier de España, puesto que no de las principales, de las hijasdalgo, tomarian casarse con don Luis del Río, y aun se dieran por contentísimas con tal merced como la vuestra quisiera hacerles.

Todo esto no era mas sino echar leña al fuego en que D. Luis se consumía. La mentida modestia de su sobrina trastornóle de todo en todo el cerebro, y en altas voces esclamó:

—Bendita sea tu boca, Luisica de mi vida. Aun mas me enamoras, y mas me enloqueces, con esa tu prudencia y donosura. Quiérote por mujer á tí sola, y serlo has mia, aunque viniese ahora una Alvarez de Toledo, ó una Cerda á disputar contigo mi posesión. Mía has de ser, pase á quién pase; y ¡ya basta de callar y sufrir, que hartos son tres años de martirio.

—¡Pero...! tornó á murmurar Luisica, tío y señor, vuesa merced no querrá hacerme esposa suya, sin que yo antes piense en lo que me conviniere, y sin escribir á señor padre y aguardar su licencia. Déjeme un día tan solo para la reflexión, tío: déjeme que á mis solas piense en la honra que vuesa merced me hace, que yo le juro que en verdad es grande, y mereco que sea conmigo misma consultada.

Vino en ello el consejero, y hubiese venido en cuanto la muchacha le pidiera, según que estaba de contento. Todo lo contrario de Luisica, á la que faltaba un tantico solo para acogerse.

Así estaban, cuando acertó D. Luis á acordarse del joyero, y llamó al mozo que de escudero y paje le servía para que introdujera en la estancia al mercader; pero ya éste, cansado de aguardar, habiase ido para sus quehaceres, prometiendo de volver al siguiente día.

—Bueno, dijo entonces el consejero á su sobrina; mañana te ferio el collar de perlas, y mas que quieras, si tú colmas mis deseos y cumples mis esperanzas.

(Se continuará.)

Bacantes, el *Scherzo* de Monasterio, digno de Mendelssohn; y en vez de los dispersos miembros de sinfonías de la segunda parte, una completa, como le gusta mas una mujer bella, de cuerpo entero, que media docena de manos ó pies, aunque sean dignos del pincel de Phidias; pero si á Barbieri le basta lo último, en paz y buen provecho.

Y al salir del concierto tropieza FIGARO con el cartel del teatro Real, donde anuncia la empresa, con desenfado épico, que el señor Tamberlick cantará *Rigoletto*, sin haber ensayado la ópera y no en son de excusa, sino como diciendo:

—Van Vds. á ver de lo que es capaz este hombre.

Pero, Sr. Velasco, una de dos: ó Tamberlick canta bien la ópera, ó la canta mal. En el primer caso, ¿qué le importa al público que no la ensaye? En el segundo, ¿por qué no la ensaya?

Que en el régio coliseo no se ensaya nunca lo necesario, ya lo saben cuantos allí van; pero que esto sea meritorio no le ha ocurrido mas que á la empresa.

Supongan Vds. que el día menos pensado el Sr. Rada ú otro famoso poeta le dispara un libro de versos al público, en cuya portada se dice que son improvisados, y supongan Vds., aunque parezca inverosímil, que los versos son detestables; el público ametrallado dirá con razon: ¿Pero, Señor, por qué improvisa este hombre? ¿Quién le ha engañado diciéndole que tengo prisa por leer sus obras?

FIGARO cree que importa mas ensayar la música que probarse los trajes. Pues bien: siguiendo en el funesto camino que abre el referido anuncio, mañana dice, por ejemplo, la empresa:

«Restablecida de su indisposicion la señora Galletti, se cantará á la mayor brevedad el *Trovador*. El Sr. Tamberlick encargado de la parte de *Manrique* saldrá sin vestir.»

FIGARO no duda de la belleza plástica del Sr. Tamberlick, pero ¿habría ó no razon para que el conde de Luna, al oírle gritar *Inglaterra* le contestase

—Hombre, tome usted esa hoja de parra?

Y no es lo peor, aunque esté mal hecho, que el Sr. Tamberlick cante sin ensayar, sino que cunda la moda. ¿Qué va á ser de nosotros si el Sr. Bonnehe, con el horror que tiene á ir á compás, quiere tambien cantar sin ensayos?

Pues si el Sr. Padovani desea hacer un pinito de esta clase, Dios nos asista.

FIGARO replica á la empresa que deje estas habilidades para las señoras Ronzi ó Mayo, que por ello poco pueden aumentar el martirio del público, ó para el Sr. Palermi, cuya voz en ningun caso molesta, y le recuerda que hasta ahora, las funciones en que no se ensaya, son las de toros.

¿Le parece mucho á la empresa estar con tenor y pico, para que el tenor no ensaye?

El público puede tolerar que en el segundo acto de la *Mutta* no estén como deben en escena los guardias para justificar el silencio pescador y otras muchas faltas de este jaez, pero no tolera de seguro, y hará muy bien, que por el singular mérito de no ensayar, los coros sean fuego graneado, y las concertantes verdaderos desconcertos.

Y sino, ya lo veremos.

DICHOS Y HECHOS.

Pues sí, señor; FIGARO estuvo en los toros en la tarde del domingo, para celebrar la Pascua, y hubiera estado en los toros el lunes para celebrar.... cualquier cosa, porque FIGARO lo celebra todo. Pero los dichos del segundo día no se han dejado encerrar, en lo que han hecho perfectamente: cualquiera en su caso hubiese obrado de la misma manera.

FIGARO tiene, pues, que *ceñirse* á decir lo que vió en la corrida del domingo.

Mucha gente, por supuesto, y de todas condiciones; en palcos, gradas y tendidos.

Los toros fueron seis, como de costumbre: los hubo *cárdenos*, *berrendos*, *botineros*, *buenos mozos*, *bien y mal armados*, *blandos*, *duros*, etc., etc.; los lidiadores se llamaban, aparte de sus nombres bautismales y los patronímicos, *Tuto*, *Gordito*, *Frasquito*, el *Francés*, el *Chicorro*, el *Cuco*, el *Cirineo*, y algunos mas: nombres propios ninguno; mote y apodo muchos.

Hubo tres *embroques*, que es como decir tres momentos en que la vida de un hombre estuvo en un tris, segun la frase vulgar; un *encumamiento*, que es algo mas que estar en un tris, y una *hociada*, que equivale á un tiro á boca de jarro de un fusil que por casualidad no da fuego.

Murieron seis toros, y el público perdonó á otro la vida, porque el pobre animal no quería mal á nadie, y no seguía las sangrientas tradiciones de sus predecesores.

Un picador tuvo que marcharse á que le curasen un brazo, que se lastimó por haberse empeñado en hacer daño á un toro, á quien es de suponer que no conocia y contra el cual no debia tener resentimiento alguno. ¡Justo castigo de tamaña terquedad!

Ocho caballos pagaron con sus vidas las espléndidas satisfacciones de doce mil espectadores, y porque no hubo mas sangre y mas horrores, dicen que la corrida fué menos que mediana.

Otro día será mejor, y FIGARO quedará, sino mas contento como hombre y como cristiano, mas complacido como español neto que es, y de los buenos de Sevilla.

FIGARO tiene el don de la ubicuidad: estuvo en los toros, y en los Campos Eliseos, y en el teatro del Príncipe al mismo tiempo.

En los toros ya ha dicho lo que vió; en los Eliseos, FIGARO lloró ágrimas del corazón presenciando la forzada precocidad de unas cuantas criaturitas, á quienes sus padres, ¡sus padres! obligan á ser actores en miniatura, á sentir antes de tiempo, á pensar mas de lo que pueden, á saber mas de lo que deben, á adelantarse en la carrera, de suyo demasiado corta, de la vida.

FIGARO siente la necesidad de ocuparse de este asunto con mayor extension, porque lo merece.

Por hoy se contenta con preguntar á los padres que tan cruelmente estiran, como si fuesen de goma elástica, las pobres inteligencias de aquellos infelices. ¿Lo haceis por el lucro? Sois unos malvados. ¿Lo haceis por la propia satisfaccion? Sois unos imbéciles. ¿Lo haceis para que vuestros hijos tengan una carrera artística en el porvenir? Sois unos pobres diablos.

Como es consiguiente, FIGARO no se distrajo en el teatro de los Campos Eliseos; primero, porque la música de la orquesta era in-

digna de su guitarra; despues, porque el espectáculo infantil es detestable, y al fin, porque se tostaba al sol, que caía á plomo sobre su cabeza.

En el teatro del Príncipe se estrenó por la tarde una comedia en tres actos de Enrique Zumel, titulada *Cajon de sastre*. No es mal *Cajon* para *La levita* de Enrique Gaspar.

El día de anteayer fué de jolgorio para FIGARO: por la noche visitó el teatro de Verano y el Real.

En el primero *tomó* comedia y chocolate.

Desde entonces está tratando de resolver este problema.

¿Qué es peor en el teatro de Verano: la comedia ó el chocolate? Por la comedia se paga; el chocolate se regala.

La comedia vale menos de lo que cuesta, y el chocolate cuesta mas de lo que vale.

En el teatro Real oyó, como pudo, y como quisieron los cantantes, *La mufa de Portici*. Los mudos y los que hablan en el teatro Real, capítulo por sí merecen.

Pero el acontecimiento de la noche en el teatro Real, fué la presentacion al mundo elegante y aristocrático de Madrid de una gran dama, la *ci-devant* duquesa de Morny, ahora marquesa de Alcañices.

El teatro entero se conmovió, y FIGARO por no ser menos, se conmovió tambien. ¡A quién no hubiera acontecido lo mismo!

Del teatro Real, pasó FIGARO al baile de los señores marqueses de la Puente y Sotomayor.

Allí si que FIGARO fué dichoso.

No quiere decir lo que allí vió, y lo que allí gozó, porque los dolores se comunican, los placeres se guardan.

Un solo pesar experimentó FIGARO en casa de los señores marqueses de la Fuente: el de no haber podido asistir á la gran comedia que la condesa de Montijo dió en obsequio de la condesa de Morny, hoy duquesa de Sexto.

—¿Y porqué no asistió? le preguntan los lectores.

—¡Qué curiosos son ustedes!

El *Caballero de la Triste Figura* ha escrito á FIGARO una carta graciosísima, que publicará el viernes.

Está visto; algunas personas hacen reir mas cuanto mas en serio escriben.

En la semana actual comenzarán las representaciones dramáticas en algunas casas particulares.

En la de la baronesa de Andilla se estrenará una obra original, á lo que parece. Así le gusta á FIGARO: ó perdiz, ó no comer.

FIGARO asistirá á la fiesta.... ¡Ya está convidado!...

Camino de Andalucía van los toros que ayer se debieron lidiar en la plaza de Madrid. Hasta los animales defienden y apetecen su autonomía.

Si los toros dimisionarios (por que al cabo, fugándose, han dimittido los cargos con que la empresa los honraba), si los toros dimisionarios, digo, entendiesen el idioma *figuresco*, yo les mandaría desde aquí mi sincera alabanza.

Allez taureaux de la patrie....

FIGARO ha visto con placer muchas de las composiciones que en estos días de Semana Santa han dedicado sus colegas á la Sagrada Pasion de Jesucristo. Tambien ha visto con sentimiento otras por las que sus autores merecian buenas tandas de azotes.

Ni se entretiene en aplaudir las unas, ni en censurar las otras, por falta de espacio. Pero conste que las ha leído y las ha apreciado en su justo valor.

Nada hay como lo que suele pasar en los Estados-Unidos. Allí los hombres y la naturaleza se dan de ojo para producir fenómenos de todas especies. De allí sale todo lo raro, todo lo maravilloso y grande.

Ultimamente se asegura que en Michigan ha caido nieve negra. ¿Dónde, sino en los Estados-Unidos, puede nevar tinta congelada? Vamos á ver.

Pero es lo mejor del caso que los yankees, que todo quieren saberlo y explicarlo, se han puesto á estudiar esta nieve de género nuevo. Y hay quien saca de sus observaciones que no es mas que la nieve ordinaria, esa que todos conocemos, mezclada con una sustancia ferruginosa procedente de alguno de los volcanes de la luna.

De los volcanes de la luna!

Pues, señor, si á la luna le da por echarnos sus volcanes encima, nos vamos á ver negros.

No es floja la merienda de negros que por acá tenemos armada, para que nos sirva de plato de gusto ese negro sorbete que nos cae de las nubes.

Indudablemente, el cielo estaba de un *humor muy negro*, cuando se ha permitido desahogarse sobre Michigan.

Pero de todo ello lo que mas siente FIGARO es que ya no podrá decir cuando rece el *miserere* aquella frase de David: *et super nivem dealbabor*.

Por fortuna, ya no hay poetas bucólicos, y ya no hace la *nieve no hollada* para similes amatorios.

Válganos el Señor por nieve negra. ¡Y qué cosas pasan en los Estados-Unidos!

A bien que aquí pasan todavía otras mas raras. La empresa del teatro del Príncipe ha presentado á la censura un proverbio de D. Francisco Camprodon, titulado *Asirse de un cabello*.

Cuando se agarra D. Manuel Catalina á un cabello de D. Francisco Camprodon, ¿cómo irá la cosa en el teatro del Príncipe?

La Levita se ha quedado ya sin pelo, y Catalina, que al parecer no le tiene de tonto, echa mano de la ocasion, á sela de uno *idem*

(de un pelo, no de un tonto), y saca al autor de aquellos versos:

Arma dos ó tres
con un arcabuz,
y con ellos ronda
el palacio tú,

Buen pelo va á echar el teatro con el pelo de Camprodon!

Los parvulitos de la Infantil, sociedad de niños precoces establecida en Madrid para dar sucesores á D. Enrique Arjona, se han apercibido ya de que no son lo que se creen, y desde anteayer hacen representar en su teatro á verdaderos actores.

En cambio, los niños aprovechaditos se han largado á los Campos Eliseos para seguir dando muestras de las primicias de sus infantiles ingenios.

Me parece que aun están muy cerca.

En Santander, una novilla ha dado á luz con toda felicidad, al cabo de ocho meses de preñez, á cuatro becerros, sin ninguna tacha, como dice «La Correspondencia». Este suceso ha llamado mucho la atencion por aquellas alturas.

FIGARO no comprende la razon del asombro, despues de que ha visto que por aquí hay autor que, sin ser novilla, y sin tan largo embarazo, para tres ó cuatro hijuelos ó hijuelas para el teatro, y se queda en disposicion de alumbrar nuevamente.

En hechos de fecundidad, calle todo el mundo donde están unos cuantos postillas que yo conozco.

Mister Stuart Mill vuelve á las andadas, y va á presentar de nuevo en el Parlamento inglés una mocion para que se concedan todos los derechos civiles, políticos y sociales á las mujeres inglesas.

Este es el perpétuo tema, que ya no es tema, sino manía, del célebre economista.

Ahora Stuart Mill apoyará su proposicion en un escrito que dirijen al Parlamento quince mil mujeres.

FIGARO veria con gusto á la mujer dedicada á los asuntos públicos, bien que por ahora prefiera encontrarla ocupándose en la educacion de los hijos. No por hallarse privada de los derechos que solicita, ejerce la mujer menos influencia en los destinos de la humanidad. FIGARO siente que la educacion general no sea ya tan aventajada que permita á la mujer, dejando el tranquilo hogar y entregando á manos mercenarias el cuidado de la familia, desplegar toda la extension de su inteligencia. Pero al presente, ello es cierto, FIGARO por nada del mundo quisiera á la familia con una mujer marimacho, por muy sabia que fuese. No nos va tan bien con la ciencia del hombre ni con su gobierno, para que sea de apesecer que la ciencia tenga nuevos intérpretes, que es como decir, nuevos sofistas, y el gobierno doblado número de ambiciosos.

Vayamos adelante sí; pero no á saltos, sino paso tras paso, y pisando en lo firme. *Piano, piano si va lontano*, dicen los de Italia.

A FIGARO encantan los niños. No quisiera jamás verlos convertidos en pequeños sábios desde la temprana edad, y mucho menos á las niñas.

Si como quiere mister Stuart Mill, la mujer hubiera de servir para la vida de los Parlamentos, de las cátedras, del periodismo, seria preciso educarla, como al hombre, desde los primeros años, en los rudimentos de toda la ciencia social, y entonces ¡adios las frases encantadoras, hijas de la sencilla ignorancia de las niñas! Aunque le llamen ustedes estacionario, y FIGARO asegura que no lo es, el pobre barbero se deleita con los pequeñuelos que solo saben lo que sus madres les enseñaron: rezar y reir; sobrado pronto aprenderán las cosas del mundo.

Y si no, díganme á quién no agrada la siguiente frase de una niña de ocho años, que oyó FIGARO no hace muchos días.

Su madre (la de la niña) una señora viuda, de mediana fortuna, la había llevado á cierto colegio de los acreditados en Madrid con objeto de dejarla en él si las condiciones del ingreso podian convenirla; y no la convenian, porque el importe de la pension era superior á los medios con que cuenta.

—Hága Vd. un sacrificio, señora, decia la directora del colegio, que ya recogerá Vd. el fruto mas adelante. La educacion de la niña será para Vd. un gasto reproductivo, como ahora se dice.

—Sí, contestó la viuda. La educacion de mi hija me dará pan cuando ya no tenga dientes.

—Pierde cuidado, mamá, saltó la niña; cuando no tengas dientes, yo te lo mascaré.

Sirve FIGARO á un *ci-devant* maestro de obras, al presente caballero particular, que vive de sus cuantiosas rentas, y que en un corto número de años se ha enriquecido rápidamente.

Y es el caso que el flamante capitalista, abandonando el cartabon y la plomada, háse *mandado* construir un verdadero palacio en que hoy habita con su *parienta* y prole. Dicho se está que todo el cuidado de amueblar, distribuir y ornamentar las diversas habitaciones del espacioso edificio ha corrido á cargo de varios artifices.

Or bene: la noche, poco há pasada, en que se inauguró el palacio, abriendo sus salones el nuevo propietario, recorrianlos muchos convidados, entre los que FIGARO se contaba.

El maestro de obras, lleno de satisfaccion y orgullo, andaba de aquí para allá, de grupo en grupo, riendo, charlando, fumando (vicio que por vez primera se permitia), y escupiendo, por consecuencia, horriblemente sobre la rica alfombra que tapizaba el pavimento.

Hubo un criado de notar esta circunstancia, y viendo que su amo se cuidaba de las escupideras aquí y allá esparcidas como del primer ladrillo que asió en su mano, tuvo por conveniente tomar una y seguir á su señor con objeto de parar los golpes.

Tal determinacion produjo el efecto apetecido, pues el parroquiano de FIGARO siguió escupiendo sobre el tapiz; pero notando, al fin, la insistencia con que el criado le presentaba siempre la escupidera,

—Si sigue Vd., dijo, poniéndome delante ese mueble, escupo dentro.

MADRID, 1868.—Editor responsable, D. Antonio Andrés Babi.—Imprenta del mismo, Travesía de la Ballesta, núm. 7, bajo.